

LA FUERZA ESPIRITUAL DE GANDHI (*)

Por Juan ROGER RIVIERE

En todo el mundo se celebra la conmemoración del Centenario del nacimiento del Mahatma Gandhi, figura excepcional, cuya influencia política y, sobre todo espiritual, ha sido profunda y duradera.

Sin embargo, esta unanimidad mundial, este respeto universal nos llevan a preguntarnos si el éxito político de Gandhi basta para explicar el homenaje al «Padre de la India». Creo que hay razones más profundas, que justifican esta veneración, y querría hoy, analizarlas; pienso que, en realidad, el mundo se ha dado cuenta de que se trata de una figura fuera de serie, única quizás en el desarrollo de la historia moderna. El Mahatma Gandhi fue mucho más que un político genial, mucho más que el unificador y liberador de su país; su actuación estuvo muy por encima de las pasiones y de los juegos humanos de la política. Fue, realmente, el creador del alma moderna de la India, porque, toda su actividad, todas sus fuerzas, todo su poder, superaron el plan habitual del hombre político. Nunca intentó resolver los problemas, a veces dramáticos, de la liberación de su país, por procedimientos baratos y fáciles, a base de una propaganda burda; buscó siempre la verdad: la verdad de su causa, la verdad de su comportamiento exterior e interior, en sus más secretos pensamientos, porque creyó en la fuerza invencible de esa verdad. Y hay que reconocer que estaba en lo cierto, porque venció.

Su fuerza residía, pues, en el poder de su espíritu, en su energía espiritual, y ustedes me permitirán estudiar esta tarde este aspecto de la personalidad de Gandhi.

De hecho, no gozaba de una gran apariencia física: pequeño de estatura, delgado, con grandes orejas separadas y sonrisa infantil, la cabeza completamente rapada, casi siempre descalzo, aparecía como un poble aldeano de la India. Su voz era apagada, monótona, siempre igual; nunca elevaba el tono, ni siquiera para llamar a alguien. Se alimentaba de arroz y frutos, y sólo bebía leche y agua; su lecho era el suelo de su Ashram, en Sabarmati, y dormía poco. En una palabra, su cuerpo no parecía importarle. En eso, era como lo fueron y lo son todavía, millones de hindúes. Le conocí en Sabarmati, durante una estancia mía en la India, en 1936, y así puedo darles un testimonio personal.

Tampoco residía su poder en una postura imperativa y dictatorial; era todo lo contrario de los grandes políticos de su tiempo, de esos «animales políticos» cuya presencia provoca un imponente ambiente de poder. Lo único que en él llamaba la atención era una expresión de gran paciencia y de gran amor. Era sencillo como un niño, dulce y cortés, incluso con sus adversarios, y de una sinceridad

* Texto de la conferencia pronunciada por el doctor Roger Rivière, profesor de Indología de la Universidad de Madrid, con motivo de la apertura de la semana de actos en conmemoración del Centenario de Gandhi, el día 2 de octubre de 1969, en la Escuela Diplomática de Madrid.

inmaculada. Se juzgaba a sí mismo con modestia, y era escrupuloso hasta el punto de que parecía dudar y decir: «Me he equivocado»; jamás ocultaba sus errores, nunca establecía compromisos, carecía de diplomacia, huía de los efectos de la oratoria o, mejor dicho, no pensaba en ellos; le desagradaban las manifestaciones populares que desencadenaba su persona y en las que su cuerpo endeble podría acabar siendo aplastado, si no fuera por su amigo Maulana Shaukat Ali, que le protegía con su cuerpo atlético; se sentía literalmente enfermo, a causa de la multitud que le adoraba; en el fondo, desconfiaba de las grandes masas, y sentía aversión por el populacho sin freno. Entonces ¿dónde el secreto del poder de Gandhi? La explicación de su extraordinaria y duradera eficacia, reside en su fuerza espiritual.

No voy a hablar de las luchas políticas que sostuvo Gandhi en Africa del Sur y en la India, en pro de la liberación de su pueblo; son bien conocidas, y pertenecen a la historia. Más interesante me parece profundizar en su personalidad, en las razones de su poder espiritual, en los motivos que le empujaron a actuar de esta forma tan distinta de la habitual en política. Hemos de penetrar en lo más profundo de la naturaleza de su autoridad.

Para comprender correctamente el desarrollo de los acontecimientos no hay que olvidar que el pensamiento de Gandhi se manifestó siempre a dos niveles: unas considerables bases religiosas, y una acción social, que él construye sobre esas bases invisibles, adaptándola a las posibilidades del momento y a los deseos del país. En realidad, era un hombre religioso por naturaleza, y político por necesidad.

Gandhi no odió a ningún pueblo, a ninguna nación, a ninguna religión, e, incluso, a ningún capitalismo, él, que sólo poseía lo que le basta a un asceta. Evitó toda propaganda de odio, y predicó el valor del trabajo. No desconocía la importancia de ninguno de esos valores de los que todos nos sentimos tan orgullosos: la ciencia, la técnica, la dignidad del ciudadano. Dio a los suyos una justicia social procurándoles la independencia nacional.

Su prestigio, su fuerza, tenían como único origen la pureza de las costumbres, la integridad, la renuncia a todo beneficio personal, un sacrificio completo a la comunidad. Siempre por ayunos heroicos, dando su vida a cambio, venció para los suyos. Nadie ignoraba que desde la edad de treinta años se había ofrecido en sacrificio. Varias veces encontró gentes dispuestas a asesinarle, pero nadie pudo jamás estimagtizarle como «falso hermano» o «vendido».

Su arrogancia era también de una perfecta sencillez, no patética, como cierto derrotismo «a lo Tolstoi», o rayando en la cobardía, como la actitud demasiado frecuente en los objetores de conciencia, que se declaran pacifistas no en una cruzada perpetua, sino cuando la guerra asalta a su patria.

Gandhi quería una India nueva, pero para él la verdadera libertad para la India significaba la aparición de un hindú libre. La lucha política emprendida en la India contra la dominación inglesa fue conducida de un modo muy particular, con

medios exclusivamente espirituales y conforme con los ideales hindúes. Tuvo un carácter especial y tan propio de la mentalidad hindú, que puede decirse que fue única en el mundo moderno. Los factores espirituales fueron mucho más importantes en este «despertar» de la India que los medios materiales, o más bien, estos medios materiales, pacíficos y pasivos, fueron dirigidos exclusivamente por ideales religiosos. Esa es la característica original del pensamiento de Gandhi.

El fin del movimiento era el *Swarāj* (*swa* = sí mismo; *rāj* = gobierno), la autonomía de la India. Pero, y aquí quizá empieza la originalidad del Mahatma, esta autonomía podía lograrse solamente con las fuerzas del alma, que, como él decía, «son la armas propias de la India; estas armas son el amor, el poder de la verdad y el *Satyāgraha*», que Gandhi definió como: «Atenerse a la verdad» o «el triunfo de la verdad por la fuerza del amor y del alma». En un principio, la suya fue una oposición constitucional, una petición respetuosa al Gobierno: se debía rechazar la colaboración con el Estado, autor de leyes injustas y deshonrosas. Sobre todo, la violencia estaba totalmente prohibida; la violencia, dijo Gandhi, «degrada al que la emplea y no convence nunca». Se debe convencer al adversario con la irradiación del amor que emana de la convicción, de la abnegación, de los sufrimientos libre y alegremente aceptados. El 9 de marzo de 1920, Gandhi expresó: «Por dura que sea la violencia, debe fundirse al fuego del amor; si no se funde, es que el fuego no es bastante fuerte.» Los fieles de Gandhi hubieron de firmar un pacto en el cual prometían abstenerse de toda violencia contra la vida, la persona y la propiedad de sus adversarios. La verdad debía ser la regla de conducta. No se debía mentir, ni siquiera por el bien del país.

El término *Satyāgraha* había sido inventado por Gandhi en Africa del Sur, para distinguir su acción de la resistencia pasiva. Es necesario recalcar esta distinción, ya que es precisamente con el término de «resistencia pasiva» (o de «no-resistencia»), con el que los europeos definen el movimiento de Gandhi. Nada más lejos de la verdad. Ningún hombre ha mostrado más desprecio por la «pasividad» que este luchador incansable. El alma de su movimiento era la «Resistencia activa», por la energía inflamada de amor, fe y sacrificio. Y esta triple energía se expresaba en la palabra *Satyāgraha*.

Pero ¿qué pasa si el adversario ataca? Ahora resalta el concepto hindú más original en la lucha de Gandhi: el *Ahimsá*, la no-violencia.

Pero, para él, la no-violencia es infinitamente superior a la violencia, como el perdón es más viril que la venganza. La no-violencia no es la sumisión benévola al malvado; opone toda la fuerza del alma contra la voluntad del tirano. Esta lucha se paga a precio del sufrimiento, gran ley de la vida. Gandhi declaró el 11 de agosto de 1920: «La religión de no hacer violencia no es solamente para los santos, sino también para el común de los hombres; es la ley de nuestra especie, como la violencia es la ley del bruto. La dignidad humana quiere una ley más elevada: la fuerza del espíritu... Quiero que la India practique esta ley,

quiero que tenga la conciencia de su poder. Tiene un alma que no puede morir y que puede desafiar a todas las fuerzas materiales del mundo.»

Otro medio espiritual de Gandhi para imponer sus ideas fueron sus famosos ayunos. Pero tampoco en este caso debemos confundirlos con los de sus imitadores, que desconocen los motivos profundos del asceta hindú y que los utilizan a menudo como una llamada, a veces populachera y teatral, a la sensibilidad de la opinión pública. El ayuno era para Gandhi algo santo, sagrado, un rito religioso.

Fue en Africa del Sur, en el año 1913, cuando Gandhi realizó por vez primera la profunda experiencia del ayuno como medio de purificación espiritual del que lo practica y de conversión del prójimo. Era entonces jefe de una pequeña comunidad llamada «Tolstoi Farm», en el seno de la cual ensayaba métodos de educación y de vida social orientados hacia un ideal moral de grandes exigencias. Dos de los miembros del grupo cometieron una grave falta. Gandhi se sintió muy afectado y buscó la manera de remediar la situación sin arriesgarse a ser demasiado duro con los culpables. Se le ocurrió la idea de infligirse a sí mismo, por ser el único responsable de la «Tolstoi Farm», una penitencia consistente en un riguroso ayuno. Consiguió el resultado apetecido, así como el sincero arrepentimiento de los delinquentes.

Había hecho la prueba de que el ayuno es hermano de la oración y de que purifica al que ayuna y a los que le rodean. Al relatar este acontecimiento en su biografía, añade, sin embargo, una nota de prudencia: es necesario que haya unos muy firmes lazos de amor entre maestro y discípulo para que pueda recurrirse a esa forma de persuasión. «Si no hay un afecto profundo y verdadero entre maestro y discípulo; si la falta del discípulo no conmovió al maestro en lo más íntimo de su ser; si el discípulo no siente ningún respeto por su maestro, entonces el ayuno está fuera de lugar, pudiendo llegar a ser incluso nocivo.» La sutileza de Gandhi en cuanto a sentido moral percibe claramente que, en este caso, se emplea una voluntad más fuerte que, por medio del ayuno, influye sobre la voluntad más débil, haciendo presión sobre ella, y que, en consecuencia, es absolutamente necesario un aumento en cuanto a pureza y sinceridad.

Más tarde, ya en la India, y en la cúspide de sus ardientes luchas, Gandhi descubrirá un tercer aspecto, terrible, del ayuno, puesto que ya no se trata solamente de una mortificación muy rigurosa, sino de una huelga del hambre que debe llegar hasta la muerte, si fuese necesario; se trata, en suma, de un «chantaje heroico», en el que se le dice al adversario: «Tu injusticia me coloca en una situación que ya no me permite seguir viviendo como un hombre, y por tanto lo único que puedo hacer es morir»; se trata de una oblación de uno mismo según él declaraba, en la que se le dice a Dios: «Tomad mi vida y que por siempre pertenezca a Vos solamente.»

Gandhi sabía bien que el ayuno llevado hasta la muerte puede hacer perder fácilmente el elevado significado que se le asigna, y llevar a la violencia moral

contra el adversario, en lugar de aparecer como forma suprema del sacrificio personal y del testimonio de la no-violencia en favor de la justicia. Por eso no quería que se generalizase su práctica ni se lo aconsejaba a los demás. Sin embargo, él creyó en su poder y pensó que debía recurrir a él por sí mismo en casos extremos, tomando así ante Dios la suprema responsabilidad, lleno de «temblores y temor», como ya escribió entonces.

Podemos hacernos también una pregunta interesante. ¿Cuáles fueron las influencias que actuaron sobre el pensamiento de Gandhi? ¿Cómo elaboró los conceptos que le permitieron realizar su obra excepcional?

Su biografía nos enseña que durante su estancia en Inglaterra y en Africa del Sur siguió con gran interés los movimientos religiosos y éticos del momento. Leyó obras que trataban del djainismo y del budismo, y estudió atentamente la *Bhagavadgítá*; influyeron en él sus conversaciones con los cuáqueros y misioneros. El djainismo predominó en el Gujarat más que en cualquier otra región de la India. Gandhi no sólo estudió la vida de Mahâvîra, fundador de esta secta religiosa, y las escrituras éticas de los djainas, sino que también consultó con algunos jefes espirituales djainas sus problemas religiosos cuando estuvo en Inglaterra y en Africa del Sur. En lo que se refiere al Islam, declaró que, a su modo de ver, «ninguna otra religión manifiesta tan claramente como el Islam el espíritu de hermandad». Cuando se reunía para orar siempre cantaba versículos del *Corán* junto con los de la *Gítá*.

Si bien Gandhi se sintió bajo la influencia de otras religiones además de la suya propia, fue del hinduismo de donde sacó sus mayores satisfacciones espirituales. Aceptó los valores tradicionales del hinduismo como ortodoxos y adecuados; tampoco consideró que los sistemas heterodosos del budismo y del djainismo variasen básicamente de la perspectiva que del mundo tenía el hinduismo. Ningún otro libro influyó tan profundamente sobre él como la *Bhagavadgítá*. El mismo escribió un día sobre las fuentes religiosas que tuvieron una gran influencia en su formación: «Soy visnuísta de nacimiento y me han enseñado el *Abimsâ* —el respeto de toda vida— desde mi infancia. También debo mucho a las conversaciones mantenidas con el difunto santo Rajachanda Kavi, djaina de nacimiento. Así, mis puntos de vista sobre el *Abimsâ* son parte integrante de mi vida.»

Aparte de estas fuentes tradicionales, Gandhi sintió el impacto de dos escritores modernos: Thoreau y Tolstoi. El libro *Civil Disobedience* escrito por Thoreau le reveló a Gandhi por vez primera cómo la filosofía de la no-violencia puede ser aplicada al servicio de una causa política.

Pero la influencia de Tolstoi fue mucho más profunda. Gandhi se sintió inclinado hacia el escritor ruso después de haber leído una de sus historias cortas: *La muerte de Ivan Illich*, publicada en 1886. Este relato le conmovió profundamente, y en 1893 leyó casi todas las obras de Tolstoi. En los escritos de esa época del autor ruso (*El poder de las tinieblas*, *La sonata a Kreutzer* y *El dia-*

blo) se advierte una clara aversión hacia los goces físicos de la vida. El autor estudiaba entonces el budismo y se hallaba atravesando una fase pesimista en su vida. Gandhi leyó estos libros con una gran atención, pero ninguno de ellos le conmovió tan profundamente como *El Reino de Dios está dentro de ti*. En este libro, Gandhi encontró no sólo una elocuente defensa de la verdad y de la no-resistencia, sino una conmovedora expresión de la belleza y grandeza del sufrimiento. Tolstoi mostraba cómo a través del sufrimiento, un hombre puede liberarse y neutralizar el poder del mal. Se conserva la correspondencia entre el novelista ruso y Gandhi a partir de 1909; el joven abogado hindú había leído en las cárceles de Sudáfrica las obras de Tolstoi, que le habían impresionado profundamente. Por su parte, Tolstoi aprobaba el movimiento de «resistencia pasiva» creado por Gandhi en el Transvaal; se tienen tres cartas de Gandhi y la tres respuestas de Tolstoi en el Archivo «Cherkov» de Moscú. Demuestran la admiración recíproca que sintieron estas dos grandes personalidades.

Las convicciones que ayudaron a la vida interior de Gandhi procedían, ante todo, de una experiencia espiritual muy fuerte, informada por las exigencias de la acción moral y por los rigores metódicos del ascetismo y de la disciplina interior. Su universo no era ni el del metafísico ni el del poeta. Las raíces de su verdad eran más prácticas que especulativas. Pero, dentro de esta línea, su inteligencia era tan lúcida y firme como su voluntad lo era pujante y heroica.

La infinita complejidad de los acontecimientos políticos en que hubo de mezclarse pudo llevarle a adoptar distintas posturas, pero jamás hubo variaciones en un cierto número de su tesis principales, de naturaleza moral, y cuya aplicación directa a la política constituye, indudablemente, su mayor originalidad.

La estructura negativa del término «no-violencia» no debe enmascarar la acepción eminentemente positiva con que él la tomaba. No hacer daño no es solamente abstenerse de maltratar a los demás y, de manera más general, a todo lo que siente y vive. Consiste en que, en la lucha contra el mal, en el combate en favor de la justicia, han de usarse solamente armas espirituales, las que proporciona la «fuerza del alma», y nunca la del cuerpo.

Según su propio testimonio, la lectura del «Sermón de la montaña», acompañada por un comentario de Tolstoi, fue el momento en que halló en estos antiquísimos temas, con profundas resonancias en la tradición hindú, la posibilidad de considerarles en función de los terribles problemas políticos que vivía su nación. Es suyo totalmente el mérito de haberles ligado en una síntesis armoniosa y coherente, mientras que ante él se ofrecían disociados. Según él, la no-violencia es la forma más adecuada de la acción divina en los seres, que no les obliga desde fuera, sino desde dentro, y con una irresistible dulzura. El adepto a la verdad está seguro de vencer desde el momento en que no rechaza egoístamente el sufrimiento que le inflige el mal, sino que le combate con un perfecto desinterés y siempre porque degrada a la verdad.

Lo admirable en Gandhi es que practicó siempre escrupulosamente la filosofía que predicaba. De vez en cuando sobrecogía al mundo con sus hazañas: tomaba un cayado y recorría 300 kilómetros para conseguir la derogación de una ley injusta, o comenzaba un ayuno de auto-purificación, arriesgando su propia vida por reivindicar un principio. Lo extraordinario es que siempre lograba lo que quería. Por medio de sus campañas, de sus esfuerzos, de su ejemplo, condujo a su país, paso a paso, hacia la libertad. Y así, por fin, en 1947, pudo ver a la India convertida en nación independiente.

Quedaban todavía las llamas del odio secular religioso y civil entre musulmanes e hindúes, y Gandhi luchó hasta el final para apagarlas. Cuando se dirigía a hacer oración para pedir la unión espiritual de su pueblo, en la mañana del 30 de enero de 1948, cayó atravesado por la bala de un fanático, sin que el nombre de Dios, *Ram*, abandonara sus labios.

Su muerte fue como el final de una peregrinación única; la peregrinación de un ser humano, intransigente en su búsqueda de la verdad, y cuya fuerza residía enteramente en el espíritu. No poseía bienes materiales, ni títulos, no tenía un puesto oficial, ni mandaba un cuerpo legislativo. No era ni diplomático, ni filósofo académico, ni artista creador. Su fuerza iba dirigida hacia la conciencia, la cámara más recóndita e íntima del *sancta sanctorum* de la humanidad.

El mundo entero sintió ese gran misterio a la muerte de Gandhi; todos los Gobiernos, los jefes de todas las religiones, se inclinaron ante ese hombre delgado, pequeño, insignificante, como un pobre aldeano de la India, pero que había tenido en sus débiles manos el alma y la vida de todo un pueblo. Quizá las palabras más certeras fueron las pronunciadas por Sir Stafford Cripps, estadista británico, al comentar: «No conozco a ningún otro hombre que en nuestra época haya demostrado tan claramente el poder del espíritu sobre las cosas materiales.»

Y, para terminar el homenaje a este ser humano excepcional, verdaderamente único en los anales de la historia de nuestros tiempos, citaré una frase de Nehru, pronunciada después de la muerte de Gandhi: «Muchos grandes hombres tienen monumentos de mármol y bronce, pero este hombre, iluminado por el fuego divino, logró durante su vida irse albergando en millones y millones de corazones.»

He dicho.

EXPOSICION DE FOTOGRAFIAS SOBRE LA VIDA DE GANDHI

Con ocasión de la Semana dedicada a la conmemoración del centenario de Gandhi se celebró en los locales de la Sociedad Española de Amigos del Arte (Biblioteca Nacional) una interesante exposición fotográfica, cuya inauguración tuvo lugar el día 3 de octubre.